

## BURGOS... EN BUSCA DEL CID



Después de haber cruzado el Arlanzón por el puente de Santa María, el viajero se sumerge en otro mundo. Detrás de él quedan los arrabales de Santa Clara y de Vega y el viajero llega a la parte antigua de la ciudad, a la Plaza del Rey San Fernando, donde se alza la Majestuosa Catedral de Santa María. A mí me parece como si Burgos fuese demasiado pequeño para poseer una Catedral de tal grandeza. Cada vez admiro el otro lado del Arlanzón, por encima del Arco de Santa María, las agujas y el cimborrio de la Catedral, rojeados por los últimos rayos del sol, tengo la impresión que las casas de Burgos tratan de trepar por todas las fachadas de la Catedral hacia arriba, siempre más hacia arriba, para llegar a las agujas, para subir con ellas al cielo. Sin embargo, la Catedral sola sigue dominando el Arlanzón, las casas, el campo, la meseta de Castilla la Vieja.

Varias veces he oído decir que se puede visitar Burgos en el tiempo cortó de unas horas y, sin duda, estos viajeros piensan solamente en la Catedral. Aunque la Catedral es una maravilla gótica, el meollo de la cabeza de Castilla, existen otros rincones que incitan y cautivan la atención del paciente e incansable viajero. Hay que subir las empinadas callejas que conducen al castillo cuyas ruinas sueñan bajo el cielo inmenso de Castilla. Penetremos por la entrada principal del arco o lo que queda de ella y mirando, en medio de las piedras del pasado, hacia el Sur surgen en la memoria estas frases inolvidables: «¡Ancha es Castilla! ¡Y qué hermosa la tristeza enorme de sus soledades, la tristeza llena de sol de aire, de cielo!... La vista se dilata por el horizonte lejano, y el paisaje infunde melancolía tranquila... En Castilla el espíritu se desase del suelo y se levanta, se siente uno más allá y el alma sube a otras alturas a contemplar sobre estos horizontes inacabables una bóveda azul y transparente, inmóvil y serena. ¡Qué fiestas y qué tragedias! Hay que ver la Cartuja en la lejanía, la Cartuja bajo el arco iris después de la granizada

que acaba de azotar las grandes piedras blancas del castillo y los árboles del parque frondoso, donde los Reyes Católicos tuvieron sus miradores.

El pasado revive por todas partes, en las murallas y en los arcos: el Arco de San Esteban de estilo mudéjar y el Arco de San Martín del siglo XII, por donde antes los Reyes y los principales visitantes de la población solían hacer su entrada solemne. Y de cada sitio de la ciudad la mirada choca, mejor dicho, la mirada es acariciada por la dentada majestad de la Catedral. Don Mauricio, el obispo de Burgos, colocó la primera piedra en el año 1221 bajo el reinado de Fernando III el Santo y los creyentes le han mostrado su gratitud de varias maneras: en la Puerta del Sarmental, al Sur, figura la estatua del prelado y en el coro se halla una admirable estatua de madera del obispo, que data del siglo XIII. Hay que visitar varias veces la Catedral para captar su alta belleza, hay que admirar la fachada occidental, la Puerta Real del Perdón con la Galería de los Reyes. Hay que admirar sus capillas, de las cuales la de los Condestables es la más hermosa; hay que perder la vista en la cúpula del crucero bajo la cual reposan en descanso eterno el Cid y doña Jimena, hay que sentirse aplastado ante el Santísimo Cristo, obra de una veracidad realista. Y no olviden buscar al Papamoscas, que parece burlarse de los turistas, que le están mirando boquiabiertos.

El pasado, la historia, revive hasta en las cosas no históricas. En casi todas las tiendas se venden estas cosas cidianas que pertenecen a la leyenda (¡las cosas, desde luego, y no el Cid!). Nos cuentan el poema del Cid, esta fuente complementaria para la biografía cidiana, como formula don Ramón Menéndez Pidal, nos cuenta que Rodrigo Díaz de Vivar, para obtener dinero llena dos arcas, forradas de cuero labrado y bien clave-teadas, con arena y las empeña en seiscientos marcos a los judíos Raquel y Vidas, diciéndoles que se trata de arcas llenas de riquezas. (Para justificar esto dice el Campeador: sólo lo vea y lo juzgue el Criador, con todos los santos: El sabe que no puedo más, que lo hago forzado).

Por todas partes en Burgos se hallan huellas verdaderas de este famoso caballero, desterrado injustamente por su rey Alfonso VI. Junto al Arco de San Martín (y en este arco el curioso puede ver y tocar una horizontal barra de hierro que, como dicen, tiene la largura de la espada del Cid), se encuentra el solar del Cid, sencillo monumento levantado en 1784 con piedras de la casa original. En el hito central se lee: «En este sitio tuvo su casa y nació el año 1043 Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid campeador. Murió en Valencia un domingo 10 de julio de 1099 y fue trasladado su cuerpo al monasterio de San Pedro de Cardeña, cerca de esta ciudad». ¿Y cuál fue la causa del destierro de Rodrigo Díaz de Vivar? ¿El haber retenido para sí las principales riquezas de las parias del rey de Sevilla,

vasallo y pechero de don Alfonso? ¿O el haber insultado a García Ordóñez de Nájera, el alférez de Alfonso VI, arrancándole un mechón de las barbas? ¿O las victorias militares del castellano como alférez de don Sancho en las batallas de Llantada de Golpejera contra su hermano Alfonso VI? ¿O hay que buscar la causa en los mestureros, que excitaban la envidia del rey y que eran tan fuertes en las antiguas Cortes de León y de Castilla? Fuera lo que fuera, en Santa Gadea de Burgos el Cid (antes de aceptarle como rey de Castilla y de León) pidió juramento a don Alfonso de no haber tenido parte alguna en la muerte de su hermano don Sancho, asesinado durante el cerco de Zamora: «En Santa Gadea de Burgos, do juran los fijos dalgo. Allí toma la jura El Cid al rey castellano. Las juras eran tan fuertes que al buen rey ponen espanto...» ¡Es posible que el rey no mire con mucho agrado al Campeador!

Pero el Cid salió de su castillo en Vivar. Este castillo existe todavía a doce kilómetros al Norte de Burgos y está maravillosamente conservado, por lo menos lo que pude ver de fuera. Pequeño castillo para un hombre de estatura pequeña, pero con el corazón honrado, leal, un vasallo que nunca lidiará con su señor: «Porque no quisiera lidiar con Alfonso, mi señor». El Cid tuvo que abandonar Castilla dentro del plazo de nueve días y ahora las puertas cerradas tienen el mismo aspecto de soledad que antes. «Y vío las puertas abiertas y los postigos sin candados; vacías las perchas donde antes colgaban mantos y pieles, o donde solían posar los halcones y los azores mudados».

El Cid se dirige a Burgos y yo, antes de seguirle, visito rápidamente las ruinas del monasterio de Fresdelval. Hay que visitar este antiguo convento durante el mes de abril, cuando el viento azota las ramas desnudas y crujientes de los fresnos y entonces se comprende mejor la leyenda concerniente al Cid, que nos cuenta cómo la noche del Día de Difuntos un caballero sube, montado en su corcel, la cuesta de los Grillos. Llegado a lo alto, se detiene y contempla en la lejanía la ciudad de Burgos. ¿Qué busca este caballero con la barba larga? ¿No reconoce su Burgos del siglo XI? ¿Tiene el Cid una cita secreta con su rey a quien admiraba tanto, a don Sancho? Hay que leer esta leyenda, en el mes de abril, cerca del monasterio de Fresdelval, cuando el viento flagela los fresnos. ¡Y qué belleza escalotriante en estas frases de Azorín: «En la cuesta de los Grillos ocurre todos los años una cosa de maravilla y espanto; no vayáis a verlo; os asustaríais; sentiríais el escalofrío de la muerte».

Sin embargo, el Campeador prosigue el camino con su hueste de sesenta pendones y en la Plaza de Primo de Rivera se alza ahora la estatua imponente del Cid, el de la hermosa barba. En el pedestal leemos este

elogio de Ben Bassam, historiador árabe: «El campeador, llevando consigo siempre la victoria, fue por su nunca fallida clarividencia, por la prudente firmeza de su carácter y por su heroica bravura, un milagro de los grandes milagros del Creador». La espada indica a Valencia, camino del destierro, y comprendo perfectamente la anomalía en su traje de guerra: normalmente la barba tiene que estar atada con un cordel o escondida en su coraza, pero el escultor no ha querido esconderla, porque todo el mundo debe admirar las barbas famosas del Cid.

Cruzo el Arlanzón por el puente de San Pablo, paso la Cartuja (¡qué tumba maravillosa para los reyes fundadores: don Juan II y doña Isabel de Portugal!) y me dirijo al monasterio de San Pedro de Cardeña, donde el Cid dejó a su mujer y sus hijas al amparo del abad. Un monje simpático me cuenta la historia de Babieca, el corcel del Cid, enterrado delante de la puerta de entrada; me muestra la antigua torre del siglo XII, la iglesia y la capilla de los héroes, donde antes descansaron los restos mortales de Rodrigo Díaz de Vivar y doña Jimena. ¡Y qué alegría cuando me dice que conoce bien la abadía de Westmalle, pueblecito en Bélgica, donde los monjes de la misma Orden trapense fabrican esta cerveza fuerte y rica que nosotros, flamencos llamamos «Trapist»! Aquí en el monasterio de San Pedro de Cardeña el Cid se despidió de su familia, diciendo tiernamente: «A Dios, Padre espiritual de todos, os encomiendo. Ahora nos separamos, pero sabe Dios cuándo volveremos a reunirnos». Y sigue el juglar: «No visteis llanto más amargo que aquél: así se separaban unos de otros como la uña de la carne». Pero, hay que abandonar a Castilla la gentil, hay que ganar el pan en tierras ajenas.

Ay, ¡qué expresión tan concisa, tan realista y triste, la de ganar el pan en tierras lejanas! Y anotando esta frase, pienso en los trabajadores españoles que encontré en Irún, a medianoche, en busca de un asiento en el tren que los llevó a tierras ajenas. En cada español dormita todavía el conquistador, el aventurero. Porque dejar su patria y vivir en tierras ajenas exige mucho valor, un valor cidiano. Y comprendo perfectamente lo que me dice de vez en cuando mi amigo español, madrileño castizo, padre de cuatro niñas, que vive con nosotros en Bélgica. Y sobre todo, me lo dice las noches lluviosas, cuando bebemos una copita de Rioja o de Valdepeñas, vino que tiene aroma de la patria. ¿Por qué estamos aquí, señor; por qué? Queremos ganar, ahorrar un poquito de dinero para poder comprar, después de algunos años, una casita y una tierra en la patria. Y, de veras, aquí nos sentimos alegres, las niñas estudian, vivimos bien; sí señor, estamos contentos. Sin embargo la alegría no tiene el sentido profundo y maduro de felicidad; para nosotros, nuestra estancia aquí significa un sacrificio. Todo el mundo es amable, tenemos amigos;



pero señor, carecemos del clima español, carecemos de las comidas españolas, carecemos del ambiente, de nuestras charlas, de nuestro sol. Carezco de mi Puerta del Sol de mi Retiro, de mi calle de Alcalá. Sí, señor, sin duda alguna un día regresaremos a España». No sé cuál será la palabra más exacta para expresar el sentimiento de mi amigo español: los portugueses dicen «saudade» y los castellanos «añoranza». El me lo dice a su manera: «Un día regresaremos a España...» La perseverancia de un conquistador, el valor cidiiano, la ternura de doña Jimena, la añoranza a Castilla la gentil. Y no dirán sus hijas:

Que no quiero amores  
en Inglaterra (en Bélgica)  
pues otros mejores  
tengo yo en mi tierra.

Y dejo al Cid y regreso a Burgos por el mismo camino, este camino interminable por las tierras rojizas de Castilla, bajo el cielo inmenso. Y esta tierra que no es estepa me evoca, sin embargo, los versos del romance: «Por la estepa castellana, con doce de los suyos...» Y delante del Arco de Santa María admiro las estatuas de Diego Porcelos y de los dos jueces (Nuño Rasura y Laín Calvo), encuentro la estatua de Carlos V entre Fernán González y el Campeador... Por todas partes se hallan huellas de Rodrigo Díaz de Vivar.

Burgos es una ciudad hermosísima, una fase gloriosa de la Historia castellana y es imposible visitarla en unas horas. Y no he mencionado todavía el monasterio de las Huelgas, con su museo inolvidable de telas medievales, con el tapiz delatien da de campaña de Miramamolín, trofeo de Alfonso VIII sobre el moro en la batalla de las Navas de Tolosa, en 1212. Hay que visitar el solitario Hospital del Rey en el crepúsculo; la estatua encima de la puerta de entrada se destaca misteriosamente de la noche y aún distingo los pasos cansados de los peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela. En este Hospital del Rey, después de haber entrado en la Catedral por la escalera dorada para rezar, los peregrinos podían descansar y obtener algunos víveres. Y tampoco he mencionado la iglesia de San Lesmes, en la cual vemos el sepulcro del Santo Patrón de la ciudad, que vivió en el siglo XI. Hizo construir en Burgos las acequias que limpiaban las casas y las calles. Y no he mencionado la iglesia de San Nicolás con su famoso retablo del altar mayor, obra de Gil de Siloe (¡qué montón de trabajo ha realizado este artista en Burgos!); la iglesia de San Gil, de San Esteban, la Casa del Cordón, el magnífico palacio de Miranda con su museo arqueológico. No he mencionado..., no he mencionado...

Recuerdos inolvidables me han dejado los tesoros antiguos de Burgos; recuerdos imborrables me ha dejado su gente puramente castellana. ¿Y no es este refrán, que me citó la señorita de mi hostel (natural de Castrillo de la Reina), también aplicable a Burgos: «Castrillo de la Reina, bendito lugar, el que va aquel pueblo, no quiere marchar»?

## WILLEM VAN IMPE

(De «Diario de Burgos»)